has arrebatado al hijo de mis entrañas y á la mujer de mi amor! . . . has sido el azote de tu familia, el verdugo de los tuyos! . . . hoy me arrebatas á un hermano, á un compañero de tantos años, á un soldado de la patria! . . . ¿y el cielo estará sordo á tantos crímenes? . . . y no guardará un rayo de su justicia eterna para aniquilar á este miserable? . . .

Los insurgentes todos estaban demudados y con los ojos llenos de lágrimas. Vildo era uno de los patriotas mas queridos y el mejor de los amigos.

—En marcha! gritó Piedra-Santa.

José de la Luz cubrió el cadáver con la tierra que el perro habia esparcido, plantó una cruz de ramas, besó el suelo, y se alejó llorando como un niño.

Caifás no quiso separarse de aquel sitio, quedó echado sobre la sepultura velando el cadáver de su amo.

CAPITULO XII.

De cómo se encontraron tres señores vireyes en el territorio de Nueva-España.

I.

La voz de independencia dada en Iguala resonó en los ámbitos de América como el acento poderoso de la resurreccion de un pueblo.

El pensamiento de Hidalgo habia tomado la grandiosa forma que el anciano de Dolores le habia dado en esa concepcion gigante de su cerebro.

Los enemigos encarnizados de la libertad venian á rendir sus banderas, á confesarse vencidos delante de las tumbas de los mártires, y á venerar esas cenizas como las de los dioses del mundo nuevo, que aparecia saliendo del caos de la esclavitud para girar en la esfera luminosa de la libertad!

El destino habia unido las fuerzas contrarias, y la palanca se habia movido con un poderoso esfuerzo.

La luz y las tinieblas produjeron la aurora.

Los enemigos del progreso quisieron arrebatar á la España liberal estos dominios, y los partidarios de la independencia se

aprovecharon de su encono para romper las cadenas de esa ancla, que sujetaba á la nacion como á una nave á las rocas del suelo estraño.

Salió el sol, dió de lleno sobre el manto de las tinieblas, y apareció la verdad, resplandeciente como un destello de la mirada de Dios!

La política es como el Océano: tiene un momento de calma y trasparencia en que se vé su seno, como si el agua fuese la atmósfera azul del firmamento.

Amigos y enemigos, propios y estraños, sintieron su alma tocada por el sentimiento de esta grande verdad: "La independencia es ya un hecho en América;" entonces la desesperacion mas horrorosa se apoderó de esos corazones, sacudidos por el aire infesto de la venganza; maldijeron su política, se encontraron burlados en sus planes, desconcertados en sus previsiones y perdidos para siempre!

Habian soñado en un nuevo reino, para entregarlo al absolutismo y tiranía de los Borbones, y se les escapaba de las manos como una esfera de fuego que entraba en la órbita de las nacionalidades.

Dijeron anatema al plan de Iguala; pregonaron desde luego que todo era una superchería de los insurgentes, un insulto á su rey; pero aquel grito llegó tarde, ya no habia quien pudiera escucharle.

La capital de la colonia estaba conmovida profundamente; los movimientos del ejército trigarante eran sabidos, á pesar de una policía de Argos, que trataba de desvanecerlo todo.

En el palacio del Virey se recibian continuas comunicaciones de pronunciamientos, porque las ciudades, los pueblos, las aldeas mas pequeñas, se levantaban á la voz de independencia, renovándose los gloriosos tiempos de Hidalgo.

Todos hablaban de las peripecias sangrientas de los once años; todos pretendian haber concurrido á las batallas, y el espíritu de nacionalismo se exaltaba al grado mas alto, enmedio de aquella efervescencia patriótica y entusiasta.

Los españoles y realistas hacian esfuerzos desesperados por contener aquel desbordamiento universal; pero en vano, porque el volcan estaba en plena erupcion.

Bustamante proclama la independencia en el Bajío; marcha el ejército á Guanajuato, y delante de aquellos monumentos sagrados, piedras constructoras de la columna de nuestras glorias, se santifica la memoria de los Mártires de 1810; se arrancan las jaulas de hierro donde yacian las cabezas venerandas de nuestros héroes, y se les coloca en los altares de la patria.

Allí Iturbide, el vencido del Monte de las Cruces, rinde sus homenajes á Hidalgo, como al hombre de aquella inmortal jornada!

Sigue Iturbide para Guadalajara, nada le detiene; pero su lábio aun no pronuncia la verdad: sostiene aunque débilmente los artículos del plan de Iguala, que el pueblo ha roto ante el pensamiento de su emancipacion.

Iturbide se presenta en el lugar de su cuna, en esa heróica tierra de Michoacan, en ese santuario de la libertad: allí se resisten los realistas; pero sucumben luego á los horrores de un sitio, y la bandera trigarante es saludada por las auras que mecieron la cuna de Morelos!

Aquel torrente, impulsado por la mano de Dios, atraviesa victorioso por el seno de la nacion: solo á su aspecto se rinden los ejércitos y las ciudades; San Julian depone sus armas, y la histórica ciudad de Querétaro se entrega en los brazos de sus libertadores, despues de las conmociones de un sitio.

Líbrase una batalla en las inmediaciones de Toluca, en que un gran núcleo de fuerzas realistas son despedazadas: aquella causa estaba sentenciada y entraba en agonía.

El pais entero estaba en conmocion: nuevos héroes aparecen en la lisa; Victoria, ese rayo de las batallas, disputa sus laureles al enemigo; Santa-Anna se apodera del puerto de Alvarado: jóven aún y ardoroso, se vuelve sobre Jalapa y toma la ciudad, se fia

en su fortuna, y asalta Veracruz, de donde es rechazado en un combate terrible.

Don Nicolás Bravo, el hijo de aquel sublime mártir que fué agarrotado en una de las plazas de México, está con los suyos, como en los dias de Morelos y de Galeana, renovando su nombre en los combates.

Le pone sitio á Puebla, y la hace capitular: allí se reune Iturbide con sus tropas, y formando un ejército poderoso converje hácia el centro, hácia la capital, foco de sus esperanzas y último término de su jornada histórica!

II.

Como acontece en las situaciones extremas, la alarmada corte de México acometida del pánico, comenzó á sospechar de los suyos, y acusó de complicidad con los insurgentes al virey Apodaca.

No pudiendo aquella turba de cortesanos salir al encuentro de Iturbide, se contentaba con hacer conspiraciones que hacian mas desesperada su situacion.

El conde del Venadito era un hombre leal y honrado; pero no tenia el talento suficiente ni los conocimientos para resolver crísis tan tremenda.

El dia 7 de Julio de 1821, entre nueve y diez de la noche, se advirtió que fueron saliendo de sus cuarteles, tropas del regimiento de Ordenes Militares, del de Castilla é Infante D. Cárlos, que silenciosamente se dirigieron al palacio del Virey, ocupándole una parte y rodeándole otra.

La misma operacion practicó el regimiento de Marina, y en frente de la plaza se situó la primera compañía de los dragones *Defensores de la iutegridad de las Españas*.

El virey estaba tranquilo presidiendo una junta de Guerra, cuyos vocales eran los mariscales de campo Novella y Liñan, el coronel Espinosa y el ingeniero Sociato.

Un oficial de guardias entró en la cámara vireinal.

—Hay alguna novedad? preguntó Apodaca.

—Señor, dijo el oficial, el coronel Buccelli y otros jefes pretenden hablar á V. E.

—Que esperen.

—Es que insisten de una manera que . . .

Alteróse visiblemente el semblante de Apodaca, y dijo con voz trémula.

—Que pasen.

El oficial salió inmeditamente.

La puerta se abrió, y un grupo de jefes acaudillados por Buccelli se presentó ante la autoridad real.

El cabecilla era impetuoso, se adelantó hasta el bufete, y dijo con acento claro:

—Señor: las cosas políticas han llegado á un extremo, en que es necesario ver definitivamente con quienes contamos en el último trance; los jefes de los cuerpos desconfian altamente de V. E.

Apodaca hizo un movimiento, pero se reprimió.

Buccelli continuó:

—Hay un gran disgusto con las rendiciones de varios puntos, y sobre todo con la sumision de San Julian, en cuyas fuerzas estaba lo mas florido del ejército español.

—Yo participo de ese mismo disgusto, dijo el Virey.

—Creemos que la mala administracion ha hecho que se sacrifiquen inútilmente muchos de los soldados mas distinguidos, y vemos adelantar sin obstácuio á Iturbide, en direccion á la capital.

—Ya se han tomado las medidas mas convenientes para ese caso, y. . .

—Perdone S. E., dijo Buccelli interrumpiendo al Conde, nos-

otros venimos á suplicar á S. E. que resigne el mando; porque sus hombros son débiles para tanto peso.

El mariscal de Campo Liñan se levantó indignado.

—Es esta la manera, dijo, de dar ejemplo de disciplina á vuestros soldados? ¿De cuándo acá le es permitido á un súbdito revelarse contra los mandatos de su rey?... Señor coronel Buccelli, retírese usted á su cuartel y espere en él las órdenes de S. E.

—Señor, no es la determinacion que ha tomado la tropa que guarnece la capital un acto de insubordinacion, no, muy lejos estamos de ello; pero la idea de ver perdido el pais, nos hace dar este paso, el tiempo nos justificará.

—Señor Buccelli, no está encomendada á la tropa la salvacion del estado.

—En un naufragio todos tienen derecho de salvarse; nuestra existencia está comprometida, mas aun que la causa de S. M.; yo en nombre de las tropas, declaro: que si el señor Virey, conde del Venadito, no se separa del mando resignándolo en uno de los subinspectores, su seguridad personal está amenazada.

El conde se levantó lleno de ira, y dijo al atravido coronel:

—Yo no tengo miedo á vuestras amenazas; firme en el apoyo de mi conciencia y en la rectitud de mis intenciones, permaneceré firme ante los eventos de esta situacion tan terrible como se presente, y sucumbiré despues de haber hecho el último esfuerzo.

—No podemos retroceder.

—Es vergonzoso que los mismos españoles dén este escándalo.

—No hay otro remedio.

—Bien está, no puedo oponerme á la fuerza, mi sangre seria estéril: el señor mariscal de campo Novella recibirá el mando, mientras yo doy parte á S. M.

El conde, que al principio se manifestaba inflexible, varió de rumbo repentinamente, reflexionando que los insurrectos le proporcionaban la salida mas honrosa que pudiera encontrarse en aquella situacion.

Novella se rehusó agitado del propio pensamiento; pero la ambicion del vireinato le cegó, y quiso ser virey aunque fuese la víspera del derrumbe.

Oíase muy cerca el tumulto de los soldados, que arrollaron la guardia de alabarderos, y en la plaza se escuchaban gritos de sedicion.

Los oficiales repartian licores y dinero entre la tropa, y todo anunciaba el desórden mas horrible.

—Señor Buccelli, dijo Apodaca, mitigue usted ese desórden puesto que nada tenemos que hablar.

—Es necesario que V. E. firme este papel en que está la renuncia.

Era ya demasiado ultraje para un hombre de honor. Apodaca tomó el pliego y lo hizo pedazos, y dirigiéndose á un escritorio, escribió de su puño y letra estas líneas históricas:

"Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos á *peticion respetuosa* que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, y por convenir así al mejor servicio de la nacion, en el Señor Mariscal de Campo don Francisco Novella, con solo la circunstancia de que por los oficiales representantes, se me asegure la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé ademas la escolta competente para marchar al siguiente dia á Veracruz para mi viaje á España, dejando á cargo de dicho señor Novella, con toda la autorizacion competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuacion del órden y tranquilidad pública, y entenderse en vista de esta cesion que hago, con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino.

México, 5 de Julio de 1821.—*El Conde del Venadito.*"

El Virey Apodaca al trazar aquellos renglones, ignoraba que su renuncia la hacia en nombre del porvenir, porque su nombre cerraria el catálogo de los vireyes de Nueva-España.

III.

Los mexicanos que representaban á México en las Córtes Españolas, trabajaron sin descanso porque se nombrase primer jefe de la colonia al general don Juan O-Donojú, eminente liberal que llevaba en sus manos la marca del *tormento*, que la barbarie del rey le habia impuesto en Sevilla, en la célebre causa del general Richard, sin que aquel hombre hubiese cedido á tan espantosa prueba.

O-Donojú saltó en Veracruz la mañana del 2 de Agosto, se enteró de los acontecimientos, se puso en contacto con turbide, y concurrió el 24 de ese mismo mes á la ciudad de Córdova á la gran conferencia que señala la historia como la acta de la independencia mexicana.

Dice un testigo presencial, que acordada por Iturbide la traslacion del general O-Donojú á Córdova, y dadas providencias para que allí se le recibiera con el decoro correspondiente, para lo que se le mandó una lucida escolta de Puebla, comisionando el conde de San Pedro del Alamo y Marqués de Guardiola que entendiese en su recibimiento; partió Iturbide para la villa de Córdova, donde llegó al ser de noche.

Apesar de esto y de estar lloviendo, salió mucha gente al camino á recibirle, la cual quitó las mulas del coche, y á brazo lo condujo hasta su posada, encontrándose iluminada la Villa.

Aguardábalo en su misma habitacion el señor O-Donojú: ambos jefes rodeados de un brillante concurso, se abrazaron y dieron muestras de un cordial cariño.

Iturbide pasó á cumplimentar á la señora O-Donojú.

Al dia siguiente, como dia festivo, cada general oyó misa que se dijo en el altar privado de su casa; Iturbide pasó á la de

O-Donojú, y antes de que se estendiesen los tratados y se tomasen los puntos, Iturbide dijo:

—Supuesta la buena fé y armonia con que nos conducimos en este negocio, supongo que será muy fácil cosa, que *desatemos el nudo sin romperlo*.

Dados los puntos, y encerrados en el despacho de O-Donojú dichos jefes con sus respectivos secretarios, el de Iturbide estendió el despacho.

Aprobose la minuta, y solo fueron tachadas por mano del español, algunas frases relativas á su persona y que ofendian su modestia.

Ese tratado no era otro que el plan de Ignala, con variaciones que no alteraban el pensamiento.

O-Donojú creyó dar un golpe de alta política, y cayó en el lazo tendido hábilmente por los insurgentes.

Aquel hombre llegaba á las playas mexicanas investido de altos poderes, como el último eslabon de esa cadena de hierro candente que empezaba en Hernan Cortés, y se desprendia de las rocas americanas despues de trescientos años, como un cable arrebatado por las olas.

O-Donojú firmó el pasaporte á la independencia de México.

IV.

Luego que el enviado de Fernando VII se retiró, Iturbide fué arrebatado por el espíritu gigante de la ambicion.

Paseó su mirada audaz en torno de sí, se sonrió con desden, y esclamó con voz ahogada por el júbilo:

—He triunfado! . . el pedestal de mi gloria se levanta . . . yo ascenderé sin temor, y una corona oprimirá mis sienes!. . . dueño

soy de ese ejército que me aclama, mio es ese pueblo que me rodea! . . .

Luego volviendo una mirada hácia los papeles que estaban sobre el bufete, murmuró:

—Imbéciles! . . . creen que un pueblo á luchado diez años para entregarse en las manos de sus verdugos . . · ¡aclamar á Fernando VII! . . . miserables! es la última ofensa que podian hacernos . . . yo he trazado ese nombre para hollarle despues, para escarnecerle! . . . cederle un trono que el pueblo me ofrece, arrojar á sus piés la corona . . . nunca! . . . nunca! . . .

Aquel hombre se alzaba mas alto que su ambicion.

—Yo he combatido á los insurgentes, y sus sombras me rodean en este supremo instante! . . . Hidalgo! . . . Allende! . . . Matamoros! . . . Bravo! . . . todos vosotros, los que caiste al golpe de nuestras armas, perdon! . . . perdon! . . . las luces de esta gloria que me rodea son todas vuestras . . . . yo soy el usurpador de vuestra herencia; pero no entregaré á vuestros hijos al yugo de los conquistadores!

Cubriose el rostro con las manos, y en la óptica de sus recuérdos, atravesó la sangrienta historia de tantos años de sangre y de combates.

La frente del héroe brotó en sudor de congoja y su pecho se ajitaba terriblemente.

—Dios mio! . . . Dios mio! ese trono está formado con los huesos de los mártires! . . . es una impiedad apoderarme de él, es un sacrilejio!

Dejose oir un golpe de música seguido de aclamaciones entusiastas.

—Me llaman! esclamó reponiéndose de su vértigo, el pueblo acude, la fortuna bate sus alas sobre mi cabeza, he trinufado! he triunfado!

CAPITULO XIII.

La leyenda de las tres esmeraldas.

I.

El ejército trigarante estaba al frente de la Capital.

Hacia trescientos años que el mas sublime de los aventureros del siglo XVI, sitiaba la gran Tenoxtitlan, donde agonizaba el último resto de ejércíto mexicano.

La escena habia cambiado despues de tres siglos, los conquistadores eran á su vez vencidos por los conquistados, y estaban en el último reducto.

Las plazas, los castillos, las ciudades y los pueblos, todo habia caido en poder de los insurgentes: solo faltaba el corazon de la antigua colonia, cuya arteria estaba abierta.

El destino realizaba la mas brillante de las metamórfosis.

Para los americanos no llegarian las sombras aciagas de la *noche triste*.

Mientras Iturbide firmaba lo tratados de Córdova con O-Donojú, las tropas vencedoras de la insurgencia circundaban á la capital.

Nada mas alegre que el campamento de los independientes: